

# 1. La soledad, un concepto poliédrico: el vínculo como forma de capital social

*Melania Moscoso, Javier Alemán y Txetxu Ausín*

Mari Pau, viuda desde hace siete años, tiene como única compañía a su gato Pinxo. No tiene hijos, pero sí sobrinos, aunque no los ve nunca. «Hace un año me dí cuenta de que siempre los llamaba yo y decidí probar a no llamar. Hace un año que no hemos vuelto a hablar», explica con pena. Recuerda las Navidades en familia, aunque ahora confiesa que las pasa sola y triste en casa. Expresa con voz temblorosa que tiene «miedo de los cacos». Mari Pau se ha caído dos veces estando sola en casa y gracias al botón de emergencia de asistencia social no pasó nada. «Salgo solo por la mañana, la tarde es demasiado larga. Igual que mis días». Afirma que le da más miedo la soledad que morirse o enfermar [*El Periódico*, 06/03/2019]. Michelle Lloyd tiene 33 años y vive en Londres. Es amigable y charlatana, y le gusta su trabajo. Parece tenerlo todo encaminado, pero se siente sola. Ha vivido en varias ciudades diferentes, así que sus amigos están desperdigados por el país y suelen estar ocupados con sus hijos durante los fines de semana. Sale a tomar tragos con colegas al salir del trabajo, pero cuenta que son las relaciones más profundas las que echa de menos. «Es como un vacío. Si

tienes buenas o malas noticias, no tienes a nadie a quién contarlas. Carecer de este tipo de gente en tu vida puede ser muy duro» [BBC, 06/10/2018].

La soledad puede provocar desazón, malestar y desasosiego, un amplio abanico de sentimientos negativos como la tristeza, la angustia, el miedo y la apatía, que modulan una experiencia del presente caracterizada por la confusión, la desorientación y el vacío, que se proyectan hacia el futuro como pesimismo. Que la experiencia subjetiva sea causa o resultado del aislamiento social o de la exclusión ha sido objeto de una amplia discusión en la bibliografía sobre la soledad. Desde que la psiquiatra Frieda Fromm-Reichmann publicó *On Loneliness* en 1959 y Robert Weiss hiciera lo propio en 1975 con su libro *Loneliness: The Experience of Social and Emotional Isolation* [*Soledad: la experiencia de la soledad social y emocional*] las publicaciones sobre este tema candente no han hecho sino aumentar, sobre todo en las dos últimas décadas.

Como señalan los psicólogos, la soledad es una situación vital a menudo autoatribuida que se acompaña de fuertes sentimientos de culpabilidad (Bernard, 2013) y es percibida por quien la sufre y la sociedad como una forma de fracaso (Albero, 2013). En este sentido, un participante en el *world café* «La soledad no deseada», celebrado el 11/03/2019 dentro del Programa Activa tu barrio, de los Centros Socioculturales de Mayores (Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz), señalaba que «cuesta expresar la necesidad de compañía, de ser admitido, de sentirse parte de algo». A la sensación de fracaso e impotencia que padecen las personas en situación de soledad se une una acusada percepción de ser redundante en la vida de los demás, como pone de manifiesto el testimonio de Mari Pau con el que iniciábamos este texto. Así, la sensación de no importarle a nadie es una constante en el tratamiento narrativo de esta cuestión, como se pone de manifiesto en un cuento de Sara María Laborda premiado en el concurso de microrrelatos sobre la soledad en las mujeres mayores lanzado por la ONG Accem y que sirvió de

guión para el cortometraje *La soledad de la señora Vila*<sup>1</sup> o en este otro relato breve de Juana Algaba Jiménez que reproducimos aquí:

Como cada noche desde hace años, no ha preparado nada para cenar ni ha puesto un plato en la mesa. Come cualquier cosa. Hoy ha sido un trozo de pan de hace unos días, con aceite, acompañado de tres sardinillas de lata que le sobraron de la noche anterior.

Come sentada en su sillón, un sillón que tiene casi tantos años como ella, con un trapo de cocina en las rodillas. Cuando acaba, hace un lío con el trapo, se levanta y, arrastrando los pies dentro de unas zapatillas que hace mucho tiempo tendría que haber cambiado, va a la cocina y sacude el trapo en un pequeño recipiente, que no es más que un tetrabrik de leche al que le ha cortado la parte de arriba y que utiliza para tirar la poca basura que genera.

Como cada noche, cuando ya le duelen todos los huesos de estar sentada, apaga la tele y va a la puerta de la calle, para echar la llave. Hoy se da cuenta de que hace tres días que ya la echó, tres días sin que nadie la haya buscado, sin que nadie la haya echado en falta. Con un suspiro de resignación y ya en a su habitación, se para un momento a mirarse en el espejo del tocador y como cada noche desde hace años, se da las buenas noches a sí misma y piensa que mañana será otro día, otro largo día.

La soledad como resultado del aislamiento social tiene, además, consecuencias dramáticas. La pandemia de la COVID-19 nos ha habituado a titulares y noticias como los siguientes:

*Un anciano muere en soledad cada dos días en Barcelona.* Los bomberos del Ayuntamiento de Barcelona tuvieron que destrozarse durante el 2019 las puertas de 141 domicilios para rescatar cadáveres de personas que habían fallecido sin que nadie las echara de menos. Casi todos eran vecinos de más de 60 años [*El Periódico*, 30/01/2020].

*Las muertes en soledad de dos ancianos que ni siquiera trascendieron.* Hace unos días, la Policía Municipal de Madrid halló el

---

<sup>1</sup> <https://youtu.be/zby2CfCOH2E>.

cadáver de una octogenaria que llevaba unos cinco años muerta en su apartamento. De acuerdo con el cuerpo policial, en los últimos meses se han registrado unos 18 casos de este tipo. El número más o menos coincide con las estadísticas de Zaragoza, donde el pasado verano se registraron alrededor de una veintena de muertes en soledad [*El Heraldo de Aragón*, 05/05/2019].

*Hallan en su cama a una vecina de Bilbao que llevaba muerta tres años»* [*ABC*, 05/01/2014].

Las catorce semanas de confinamiento total de la población que se iniciaron en marzo de 2020 se saldaron con el hallazgo, solo en la Comunidad de Madrid, de 62 personas de edad avanzada que habían fallecido en la soledad de sus casas. A esta cifra hay que añadirle las personas que han fallecido sin la presencia de sus seres queridos en residencias para la tercera edad, que según el método de cálculo que se emplee oscila entre 32.910 y 35.120 personas (Comas Herrera *et al.*, 2020).

Sin duda, la pandemia de la COVID-19 ha contribuido a poner de manifiesto en toda su crudeza la gravedad de la soledad como forma de sufrimiento social. Todo ello no hace sino reforzar las numerosas investigaciones, de las que dan cuenta Virginia Salinas y Txetxu Ausín en su capítulo, en el cual señalan que la soledad es un importante problema de salud pública que se relaciona con un aumento de la morbilidad, sobre todo en la edad avanzada, y una disminución de la esperanza de vida. La soledad se ha relacionado con enfermedades cardiovasculares y problemas de salud mental como la ansiedad y la depresión (Cacioppo *et al.*, 2015, Rokach *et al.*, 2000, Barber, 2018) y se cree que está detrás de la creciente tasa de suicidio en las sociedades occidentales (Moreno-Arribas y Marco de Lucas, 2021: 225). El tratamiento de los problemas de salud agravados o directamente provocados por la soledad tiene un importante impacto económico (Barreto *et al.*, 2021). Por todo ello, la Plataforma Temática Interdisciplinar Salud Global/Global Health del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) (Moreno-Arribas y Marco de Lucas, 2021) se ha hecho eco del

impacto insidioso de la soledad como forma de sufrimiento social que afecta a las personas mayores o institucionalizadas: «Una de las tendencias que ha emergido durante la pandemia de COVID-19 es la soledad» (*ibid.* 227), una realidad ya existente e invisibilizada, pero que ha emergido con absoluta crudeza, especialmente en algunas poblaciones, como las personas mayores que viven solas o se sienten solas. «La pandemia actual aporta una certeza, ya conocida en otras situaciones: tiene efectos que afectan a la salud física de las personas mayores, pero, sobre todo, a su salud mental y comportamientos, de manera que no es muy arriesgado indicar que la COVID-19 es una emergencia mundial que afecta a la esfera económica y social, pero sobre todo tiene consecuencias psicológicas» (Moreno-Arribas y Marco de Lucas, 2021: 230). Como se refleja en este informe, dentro de la investigación sobre la soledad, las implicaciones en la salud y el impacto diferencial que tiene sobre la población de más edad han recibido una atención preferente cuando no exclusiva.

A pesar de la atención preferente que recibe en la tercera edad, como mencionábamos antes, la soledad es una forma de fracaso social que se esconde tras el silencio y afecta a todas las edades, a todas las culturas y ocurre en todos los espacios y órdenes de la vida. Según el estudio de la Encuesta Social Europea (EES) de 2016, se estima que alrededor de 30 millones de personas, el 7% de la población, se siente sola (D'Hombres *et al.*, 2018). De acuerdo con este estudio, la soledad afecta a todos los grupos de edad, desde niños a adultos, y no afecta solo a personas mayores, como sugiere el cliché. En países como Hungría, la República Checa, Italia, Polonia, Francia o Grecia, el porcentaje de la población que se siente sola asciende al 10%. En España, una de cada tres personas, un 35%, de edades comprendidas entre los 20 y los 39 años se siente sola de acuerdo con un estudio promovido por una fundación privada (Yanguas, Cilveti y Segura, 2019). En Reino Unido, donde la soledad ha recibido especial atención, el Office of National Statistics británico realiza una encuesta anual sobre soledad, en cuya edi-

ción de 2017 halló que más de nueve millones de personas, el 14% de la población de Reino Unido, se había sentido sola en 2017. En su última edición, de 2021, señala entre los colectivos más afectados a las madres solteras (ONS, 2021). El alcance y la gravedad de este fenómeno motivó que la entonces primera ministra Theresa May decidiese crear en 2018 un Ministerio de la Soledad. También el gobierno de Japón, siguiendo este ejemplo, ha creado este año 2021 un Ministerio de la Soledad, alarmado por el repunte de los suicidios en el país durante el confinamiento.

En nuestro país, esta situación se ve agravada por un progresivo incremento de la población adulta mayor, mayoritaria en la cima de la pirámide demográfica respecto a la población en general y en prácticamente todos los países del mundo desarrollado. Al igual que Japón, España tiene previstas altas cifras de envejecimiento para el año 2050, con casi el 20% de la población mayor de 65 años y con más de un 6% de personas mayores de 80 años, destacando que, de la población de mujeres mayores que viven solas, el 76,9% están viudas, frente a un 43,2% de hombres que viven solos (Pérez, Abellán, Aceituno y Ramiro, 2020).

Las tendencias reflejadas por los sucesivos informes de la Organización Euromonitor Internacional son consistentes con las detectadas en otras sociedades y países, como el aumento a nivel global del número de hogares unipersonales. La Organización Euromonitor Internacional muestra cómo la base poblacional de generaciones más jóvenes se aleja de tradiciones orientadas en el matrimonio y la convivencia, y opta por estilos de vida más independientes, motivada en parte por razones económicas y por razones culturales, como el creciente prestigio de vivir solo como indicador de progreso.

Es un hallazgo consistente con la revisión sistemática de estudios publicados entre 1945 y 2019 efectuada por Mansfield, Daykin *et al.* (2019), con 144 fuentes cualitativas (108 estudios cualitativos [entrevistas, observación, análisis de documentos, diarios y grupos focales], trece de métodos mixtos y siete capí-

tulos de libros basados en investigación cualitativa) de datos publicados en todo el mundo, con más de 4.608 participantes de 27 países (sin la presencia de España), a lo largo de la vida adulta (poblaciones de más de dieciséis años), en diferentes momentos del curso de la vida, entornos y contextos diversos. Las evidencias analizadas en este sentido pretenden responder a la pregunta de qué tienen que decir las personas que sufren soledad, y pretenden entender cómo la soledad hace sentir a la gente, quién se siente solo, cuándo, dónde y en qué contextos. Pero también, qué relación existe entre la soledad y la desigualdad social en general, a través de la conceptualización de la soledad desde el marco teórico de la soledad social, la soledad emocional y la soledad existencial, analizando las evidencias publicadas.

Sin embargo, la revisión de estos estudios no arroja únicamente datos cuantitativos, también permite vislumbrar una distinción cualitativa fundamental. Y es que, mientras que estar solo puede tener connotaciones positivas, la soledad es generalmente vista como desagradable y potencialmente dañina, asociada a sentimientos de tristeza, ansiedad, miedo, privación, negligencia, abandono, vergüenza y sufrimiento. Muchos de los autores identifican la soledad emocional como ausencia de relaciones sociales significativas. Por otro lado, está la soledad social (cantidad y calidad de las relaciones, incluidas las relaciones íntimas y románticas), como resultado de un déficit en las expectativas de las relaciones personales. Y, en tercer lugar, la soledad existencial, que se centra en un aspecto más global de desconexión con los demás y con el mundo en general, y suele estar vinculada, aunque no exclusivamente, al final de la vida. Como señalaba otra de las participantes del *world café* «La soledad no deseada» de Vitoria-Gasteiz, las nuevas tecnologías, que pueden posibilitar una mejor comunicación, en ocasiones constituyen el factor causante de la soledad no deseada. «En mi cuadrilla, todos mis amigos están constantemente mirando el móvil. Me siento sola». Testimonios como los de esta joven vienen a refrendar numerosos estudios de psicología social en los

que se muestra que la convivencia con otras personas no siempre equivale a compañía y por ello cabe hablar de soledad en presencia de otras personas. En este sentido, se han desarrollado instrumentos para medir y definir la soledad: son la escala de soledad de la UCLA y la escala de soledad de De Jong Gierveld (De Jong Gierveld y Kamphuls, 1985), que distingue entre soledad social y emocional.

Por esta razón el aislamiento social no se relaciona necesariamente con la percepción de soledad y, de hecho, junto con la soledad fruto del aislamiento social ha emergido otra realidad paralela, la de las personas que se sienten solas en compañía de otras personas.

¿Cuáles son las condiciones sociales que permiten hablar de compañía significativa o, por denominarlo en términos de la sociología clásica, de un lazo social de calidad? Robert Castel, en su libro *El ascenso de las incertidumbres*, describe dos tipos de individualidades emergentes en la modernidad tardía: los «ganadores» de estas transformaciones, personas autosuficientes que tienen los resortes necesarios para garantizar su independencia social, medidos en lo que Pierre Bourdieu denominó capital social, esto es, «la acumulación de recursos reales o potenciales que están unidos a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de reconocimiento mutuo» (2001: 326); y los que, habiendo dispuesto de una agencia mínima sobre su estilo de vida en el pasado, se deslizan por el precipicio de la soledad como consecuencia de un evento traumático que les pone en una situación de dependencia económica y emocional con respecto a sus seres queridos y experimentan con ello «una pérdida de sentido de la existencia que puede llegar hasta la vergüenza» (Castel, 2012: 328). Esta es la situación en que se encuentran personas que han experimentado una pérdida de rol social, en muchas ocasiones acompañada de grave quebranto económico, como las y los jubilados, las viudas y las mujeres que han abandonado una actividad remunerada para dedicarse largos años al cuidado y que tras la desaparición de las personas dependientes a las que cuidaban se

encuentran abandonadas a su suerte. María Ángeles Durán denomina *cuidadoriado* a esta nueva clase social que se ve afectada por la precariedad, el aislamiento y la soledad (Durán, 2018). Pero también los jóvenes precarios que, al decir de Castel, «sudan la gota gorda» padecen soledad, puesto que, a pesar de su incesante actividad social de *networking* y quedadas en red, están abocados a un movimiento que queda en nada: «viven en exterioridad y multiplican los encuentros, pero son acontecimientos esporádicos que no se inscriben en un proyecto, porque les falta el basamento de recursos necesarios para estabilizar el presente y anticipar el porvenir» (Castel, 2012: 329), como recogíamos de Michelle Lloyd al comienzo. Así lo destaca Melania Moscoso en su capítulo, donde expone que los capitales sociales, culturales y simbólicos que permiten a alguien devenir individuo están desigualmente distribuidos, lo cual aboca a un número creciente de personas a la excedencia social.

Es posible señalar una serie de colectivos que se ven especialmente desfavorecidos en esta distribución de capital social, cultural y simbólico. Así, por ejemplo, las personas sin hogar están muy afectadas por la soledad social y emocional, por la pérdida que el sinhogarismo comporta de relaciones muy valoradas con la familia, los amigos o las parejas íntimas, con amplia variación en experiencias, como la de estar socialmente relacionado y contento, la de estar socialmente relacionado y solo y la de estar solo y aislado. El estigma y el rechazo también se identificaron como un tema relacionado con la soledad entre las personas sin hogar. Otro tanto puede decirse de la soledad forzosa o de las formas de aislamiento y reclusión punitiva: la soledad social también está relacionada con la soledad emocional en las reclusas, con sentimientos de aflicción y también de mayor soledad en las personas que cometen delitos graves, donde la soledad social está relacionada con el impacto negativo de la separación de la familia. Como Elvira Pérttega Andía señala en su capítulo, las repercusiones negativas de este aislamiento son extrapolables a la población infantojuvenil psiquiatrizada.

La migración es otro de los factores que inducen a las personas al precipicio de la soledad. La soledad vinculada a la inmigración es acusada en las mujeres inmigrantes latinas, que se encuentran con barreras socioeconómicas, ambientales y psicosociales para establecer redes sociales, o en las mujeres inmigrantes surasiáticas, turcas y marroquíes, en las que la soledad se relaciona con la identidad de género en culturas que hacen hincapié en la necesidad de preservar el honor mediante el control del comportamiento de las mujeres y mantener la familia unida, con falta de autonomía, poca autoestima y opciones de vida restringidas que provocan la sensación de que una vida significativa es inalcanzable. Por extraño que parezca, los jóvenes que se mudan de casa para estudiar pueden correr el riesgo de sufrir soledad social (se habla de la «soledad académica», con elementos de soledad social y emocional): estudiantes de países asiáticos con culturas colectivistas que estudiaban en países como Australia, donde predominan culturas individualistas, informaban de una soledad social extrema. La ausencia de conexiones íntimas combinada con la falta de adaptación cultural creó una «soledad cultural» en estudiantes que echaban de menos su entorno cultural y lingüístico. El capítulo de Ramón Ortega Lozano y Ana Carballal Broome se adentra en los distintos matices de la soledad en culturas individualistas y colectivistas.

En este libro hemos pretendido imbricar los conceptos de soledad y aislamiento social como categorías correlativas que remiten a la dimensión subjetiva —fenomenológica— que forman parte de una misma situación de redundancia social que desplaza a las personas hacia los márgenes de la vida social. La soledad tendría así la faceta relacional de un proceso de paulatina «desestabilización de los estables» (Castel, 1995), que en un camino de vulnerabilización creciente, puede abocar a lo que Fernando Fantova (2020) ha denominado exclusión relacional, consistente en una situación particularmente desventajosa en lo que Bourdieu denominó «el mercado del capital social» (Bourdieu, 2001).

En nuestro país se están desarrollando distintas iniciativas que abordan el problema de la soledad, como el Plan Madrid

Ciudad de los Cuidados (2017-2019); el plan Mirada Activa del Ayuntamiento de Bilbao, en marcha desde 2016; la iniciativa Araba a Punto para combatir la soledad en las personas mayores, de la Diputación Foral de Álava; o la Escuela de las Soledades en Llodio. (Un cuadro resumen de muchas propuestas de intervención comunitaria se puede consultar al final del capítulo de Virginia Salinas y Txetxu Ausín.) Estas iniciativas dan cuenta del interés creciente por esta problemática social en las corporaciones municipales y las políticas públicas, aunque también se idean iniciativas en el ámbito privado, como las «cajas-habladoras» (*klets cassas*) en los supermercados Jumbo de Holanda, cajas lentas pensadas para charlar con los clientes (y ahora más demandadas que las cajas rápidas de autopago).

Algunos autores, como Hawkley y Cacioppo, desde la neurociencia y la psicología, cifran el problema de la soledad no tanto como un estado objetivo de aislamiento social, sino como una percepción subjetiva de aislamiento (Hawkley y Cacioppo, 2010: 218). En el mismo sentido, Peplau y Perlman apuntan a que la soledad sería una percepción subjetiva fruto de la discrepancia entre las relaciones que se tienen y las que se desearían tener (Peplau y Perlman, 1982: 8). Ya sea en calidad de «pandemia silenciosa» (Cacioppo, 2020) o desde la discrepancia entre las relaciones sociales que se tienen y las que se desearían tener, la soledad se conceptúa, de forma llamativa, como un problema subjetivo o individual.

Sin embargo, la monografía que presentamos viene a ofrecer una perspectiva más amplia de este fenómeno, dado que además de ser un problema médico de innegable importancia y que produce un enorme malestar individual, existen factores socioculturales que modulan la experiencia de la soledad, tal como Aníbal Monasterio Astobiza, Ramón Ortega Lozano y Virginia Salinas Pérez relatan en el capítulo sobre narrativas de la soledad, donde exponen las importantes aperturas existenciales de este fenómeno, cuyo sentido biográfico y social se cuenta a través de la narrativa. Este capítulo recorre la soledad a través de obras literarias y cinematográficas con la intención de rescatar el sentido de la soledad desde una perspectiva hermenéutica.

Igualmente, a lo largo de la monografía, nos hacemos cargo de las observaciones del sociólogo Robert Castel (2010) y de Jone Martínez Palacios (2020) cuando afirman que la soledad no deseada obedece a factores estructurales, tales como la desafiliación, que tienden a blindar la economía productiva a expensas de la reproducción y los cuidados. En este sentido, el capítulo de Belén Liedo, Esther Castellanos y Aitor Sorreluz sobre la soledad, el patriarcado y la crisis de los cuidados hace una excelente caracterización de la soledad como marginación de las redes de cuidado. Tal caracterización queda completada en el texto de Juan Ramón Alberdi Ibarria que muestra cómo la exclusión de las relaciones sexo-afectivas en las personas con discapacidad, favorecida por el entorno social inmediato y posteriormente interiorizada por las propias personas con discapacidad, sitúa a este numeroso colectivo social en una posición muy desventajosa para acceder al capital social. En ambos capítulos planea el interrogante sobre las posibles vías para democratizar el cuidado, la compañía y el vínculo social.

La misma inquietud recorre el texto de Óscar Barrio Formoso y Aníbal Monasterio Astoriza, que aborda la cuestión de la soledad como fenómeno urbano e indaga en la función del espacio urbano en la conformación de la intersubjetividad. En este sentido los autores aciertan al caracterizar la soledad como un fenómeno que aqueja por igual a la ciudad que al medio rural, como muestran los debates contemporáneos sobre la España vaciada y que ha dado en generalizar la experiencia del anonimato del *flâneur* en el siglo XIX al conjunto de la experiencia moderna y capas cada vez más amplias de la sociedad en virtud de lógicas espaciales que se extienden a lo largo y ancho del globo. Desde el urbanismo abstracto y patriarcal que concebía el espacio a imagen y semejanza de un individuo también abstracto en el siglo XX, inhóspito para personas dependientes, hasta los modernos debates sobre el espacio público, los autores muestran cómo el espacio reproduce la división por género y que, tal como muestra la filósofa política Nancy Fraser, recluye a las mujeres en lo doméstico y las relega a los márgenes de la

participación social, en situación desventajosa a la hora de recibir cuidados.

La voluntad de ubicar la soledad en la tradición sociológica francesa que ha estudiado la cuestión social está presente en el texto de Melania Moscoso, en el que se señala la imagen especular del individualismo moderno a la luz de las teorías de Émile Durkheim y Robert Castel. En este sentido, la soledad aparecería como una forma de *individualidad negativa* o *individuo por defecto*, una forma de ser, a aquellos perdedores del colapso de la socialdemocracia tras los llamados «treinta gloriosos años» (1945-1975), que se ven privados del capital social y abocados a la redundancia y a la supervivencia en la intemperie por la falta de relaciones significativas. Precisamente, la muerte social o la soledad como mecanismo punitivo es el tema escogido por Elvira Pértiga Andía, que en su texto sobre la soledad forzosa y los derechos humanos aborda el uso de las contenciones físicas en psiquiatría pediátrica y la naturaleza punitiva del ingreso en los hospitales psiquiátricos, que no pueden justificarse, como habitualmente se hace, aduciendo el interés superior del menor. Desde la perspectiva de los derechos humanos, partiendo del estudio de caso, la autora presenta el uso de la contención física en unidades de psiquiatría pediátrica como forma punitiva de negación de la autonomía, que se opone al uso intuitivo que los niños, niñas y adolescentes integrados hacen de la palabra soledad, y argumenta que la reclusión forzosa carece de justificación terapéutica y es contraria a los derechos humanos, lo cual le lleva a postular un «derecho al vínculo». Y es que, como señalan Aníbal Monasterio Astobiza y Ramón Ortega Lozano, la soledad es un concepto moral denso, cuyas ramificaciones evaluativas nos hacen preguntarnos por la naturaleza y la salud de lo social en nuestras sociedades.

Hemos pretendido en nuestro libro proporcionar una visión poliédrica de la soledad como elemento transversal que entra en diálogo con las perspectivas biologicistas de la neuropsiquiatría sin dejarse reducir por ellas. Como señala también la socióloga Jone Martínez Palacios, las políticas públicas destinadas a com-

batir la soledad a menudo la agravan utilizando una terminología médica que tiende a ocultar el origen social de la misma para convertirla en una patología. Caracterizamos la soledad como el resultado de nuevas formas de configuración social que han convertido la interacción cara a cara, así como el resto de indicadores universales de la soledad, en un privilegio (Luhmann y Hawkey, 2016). Como señala Daniel López Castro, la mediación tecnológica de la interacción social pone en juego una compleja economía de la atención y una duplicación de la experiencia real y virtual cuyos efectos sobre la soledad aún están por estudiar.

Lejos de considerar la soledad no deseada como una pandemia —comparable a la de la COVID-19, una de cuyas consecuencias precisamente ha sido poner de manifiesto lo extendido del desarraigo y del aislamiento social—, tratamos de caracterizarla como una manifestación de las transformaciones del mundo contemporáneo en el ámbito de la convivencia, para lo cual nos servimos de la antropología, la bioética, la literatura, los *urban studies* y la filosofía, centrandó su impacto en colectivos concretos, como la infancia y la adolescencia psiquiatrizada o las personas con discapacidad, pero que en cualquier caso se pregunta por su sentido y la envergadura de sus ramificaciones en la salud pública, en el diseño del entorno urbano, en el desarrollo de políticas públicas sobre los cuidados y en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Este libro colectivo es un resultado parcial del proyecto BAKARZAIN («Soledad no deseada y cuidados»), impulsado por la Fundación BBK a través de BBK Kuna Institutoo y Globnance.

## REFERENCIAS

ABELLÁN, Antonio; Ramiro, Diego; ACEITUNO, Pilar. «Un perfil de las personas mayores en España, 2020. Indicadores estadísticos básicos

- Envejecimiento en red» [en línea], [marzo 2020]. [Consulta: 20 octubre 2021]. Disponible en: <https://envejecimientoenred.es/un-perfil-de-las-personas-mayores-en-espana-2020-indicadores-estadisticos-basicos/>.
- ALBERO, Miguel. *Instrucciones para fracasar mejor: una aproximación al fracaso*, Madrid, Abada Editores, 2013.
- BARRETO, Manuela *et al.* «Loneliness Around the World: Age, Gender, and Cultural Differences in Loneliness», *Personality and Individual Differences*, vol. 169, (2021), pp. 110066. DOI 10.1016/j.paid.2020.110066.
- BOURDIEU, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 2001.
- BERNARD, Sylvia Margaret. «Loneliness and Social Isolation Among Older People in North Yorkshire: Executive Summary», [en línea], 2013. [Consulta: 23 agosto 2021]. Disponible en: <https://eprints.whiterose.ac.uk/77336/>.
- CACIOPPO, Stephanie *et al.* «Loneliness: Clinical Import and Interventions», *Perspectives on Psychological Science*, vol. 10, n.º. 2 (2015), pp. 238-249. DOI 10.1177/1745691615570616.
- CASTEL, Robert. «De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso», *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, n.º. 21 (1995), pp. 27-36.
- *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- *El ascenso de las incertidumbres: trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012.
- COMAS-HERRERA, A. *et al.* *Mortality Associated with COVID-19 in Care Homes: International Evidence*. (Última actualización: 14 octubre 2020). Disponible en: <https://ltccovid.org/wp-content/uploads/2020/10/Mortality-associated-with-COVID-among-people-living-in-care-homes-14-October-2020-5.pdf>.
- D'HOMBRES, B.; BARJAKOVÁ, M.; SCHNEPF, S. V. «Loneliness and Social Isolation: An Unequally Shared Burden in Europe». IZA DP n.º 14245. (2021). Disponible en: <https://www.iza.org/publications/dp/14245/loneliness-and-social-isolation-an-unequally-shared-burden-in-europe>.
- DURKHEIM, Émile. *La división del trabajo social*, Madrid, Akal, 2001.
- DURÁN, María Ángeles. *La riqueza invisible del cuidado*, Valencia, Universitat de Valencia, 2018.

- FROMM-REICHMANN, Frieda. «Loneliness», *Psychiatry*, vol. 22, n.º. 1 (1959), pp. 1 y ss.
- HAWKLEY, Louise C. y CACIOPPO, John T. «Loneliness Matters: A Theoretical and Empirical Review of Consequences and Mechanisms», *Annals of Behavioral Medicine*, vol. 40, n.º. 2 (2010), pp. 218-227. DOI 10.1007/s12160-010-9210-8.
- HAMMON, Claudia. «Estoy rodeada de gente, pero ¡me encuentro tan sola!», *BBC News Mundo* [en línea]. [Consulta: 20 octubre 2021]. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-45761686>.
- LABORDA, Sara. *La soledad de la señora Vila*. Video de ACCEM. Disponible en: <https://youtu.be/zby2CfCOH2E>.
- LUHMANN, Maike y HAWKLEY, Louise C. «Age Differences in Loneliness from Late Adolescence to Oldest Old Age», *Developmental Psychology* [en línea], vol. 52, n.º. 6 (2016), pp. 943-959. [Consulta: 11 octubre 2021]. DOI 10.1037/dev0000117. Disponible en: <http://doi.apa.org/getdoi.cfm?doi=10.1037/dev0000117>.
- OFFICE OF NATIONAL STATISTICS. «Loneliness Rates and Well-being Indicators by Local Authority-Office for National Statistics» [en línea], [sin fecha]. [Consulta: 22 octubre 2021]. Disponible en: <https://www.ons.gov.uk/peoplepopulationandcommunity/wellbeing/datasets/lonelinessratesandwellbeingindicatorsbylocalauthority>.
- MARTÍNEZ PALACIOS, Jone. «La interseccionalidad como herramienta analítica para la praxis crítica del Trabajo Social. Reflexiones en torno a la soledad no deseada», *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 33, n.º. 2 (2020), pp. 379-390. DOI 10.5209/cuts.65181.
- MORENO ARRIBAS, Victoria; MARCO DE LUCAS, Jesús. *Una visión global de la pandemia de la COVID 19. Qué sabemos y qué estamos investigando desde el CSIC*, Madrid, CSIC, 2021.
- YANGUAS LEZAUN, Javier; CILVETTI, Amaya y SEGURA, Cristina. «¿A quiénes afecta la soledad y el aislamiento social?» [en línea], [sin fecha]. [Consulta: 20 octubre 2021]. Disponible en: <https://observatoriosociallacaixa.org/-/soledad-personas-mayores>.